

# discurso inaugural

**Enrique Molina G.**

Nuestra pequeña Universidad se halla de plácemes. Ha brotado en su planta delicada un nuevo vástagos, un Curso de Medicina; han venido de la capital senadores, diputados, el señor Rector de la Universidad de Chile, el decano de la Facultad de Medicina, el presidente de la Sociedad Médica, y distinguidos profesores, como reyes mayos a ofrecerle a este ser que comienza el calor de su adhesión y entusiasmo, ya se han congregado en esta hermosa fiesta los elementos más representativos de la sociedad de Concepción, en sus diversas actividades para dar realce a este acto de cultura y esperanzas.

Señor Rector, habeis tenido la gentileza de venir a apadrinar con el prestigio de vuestra alta personalidad, con el prestigio de vuestra investidura de hábil conductor de la educación nacional, nuestra modesta obra. Confirmáis con vuestra actitud de ahora la que tuvisteis cuando se iniciaban nuestras labores hace cinco años, ocasión en que con vuestra benevolencia pusisteis el óleo de un alentador bautizo a nuestras sencillas escuelas. En el nombre de la Universidad y en el mío propio me es grato expresaros nuestros más cordiales agradecimientos.

Señor decano, señores profesores, señores senadores y diputados, a vosotros también va nuestra más honda gratitud porque habeis traído para nuestra empresa con vuestra presencia el estimulante incienso de vuestra aprobación, porque habeis venido a prestarle un inestimable apoyo en momentos solemnes de su crecimiento.

La Universidad no ha podido ir realizando sino muy lentamente el programa que flameara como una bandera al tiempo de su fundación.

A las escuelas con que desde sus comienzos cuenta habría que añadir un Curso de Ciencias Económicas cuya apertura está acordada ya.

Espera poder agregar pronto un Curso de Enfermeras, engarzado en esta Escuela de Medicina que hoy abre sus puertas; cursos de Ingeniería Eléctri-

ca, Hidráulica y de Minas y todos los que sirvan para fomentar la vida económica del sur del país, siguiendo las huellas señaladas por nuestra Escuela de Química Industrial; una Escuela de Oficios, un Instituto de Educación Física, una oficina de Informaciones Agronómicas.

El señor Rector de la Universidad de Chile y el Director de nuestro Curso de Medicina han expresado ya qué razones nos movieron a dar la preferencia este año a la Escuela de Medicina sobre otros cursos que tenemos en proyecto. No podíamos dejar de corresponder a los deseos manifestados por el señor Rector y la Facultad de Medicina de la capital en vista de que las aulas de la Escuela de Santiago se hallan congestionadas por centenares de estudiantes que no pueden hacer sus cursos en buenas condiciones. No siendo posible ensanchar la Escuela de Santiago, la creación de la de esta ciudad ha venido a satisfacer una verdadera necesidad nacional.

No sería acertado privar a la juventud de las posibilidades de seguir una carrera que con justa intuición busca, una carrera que al halago de una fácil remuneración une los encantos de despertar con aplicaciones concretas los sentimientos de humanidad y de hacer que la mente atisbe a cada instante en los misterios máximos de la vida y de la muerte.

No se diga que hay exceso de médicos en el país y ni siquiera que tenemos un número suficiente de ellos. Ha sido estadísticamente probado que aun dentro de la actual organización social faltan médicos. No sólo los pueblos pequeños, muchas capitales de departamentos y aún de provincias retiradas suelen verse en dificultades para conseguirlos. Y cuánto servicio queda por crear en que corresponderá al médico una intervención esencial. Los que reclame el mejoramiento de las condiciones higiénicas, la necesidad de extirpar el alcoholismo, una más humana y acertada administración de justicia criminal y la de dar la mayor eficiencia posible a la educación de los niños anormales, degenerados y mentalmente atrasados. Cuántos niños de esos llamados malos en nuestro régimen actual requieren más que la acción del domine severo e impaciente la asistencia cariñosa de un médico psicólogo.

La Universidad al fundar este curso no se ha apartado, pues, de su divisa de servir a la sociedad.

Por otra parte crear cursos de Medicina es como decir organizar institutos de ciencias. Y qué henchido de riquezas se nos presenta este concepto. Una escuela de ciencia es un apartado jardín para el alma en que el hombre se acostumbra a venerar la verdad por sobre todo, en que se cultivan la cooperación y la abnegación, en que la inteligencia reconoce sus límites y se hace modesta, y encendida en amor a lo humano, en amor a lo evidentemente cierto, vive feliz en la conciencia de su alto valor espiritual de sencilla obrera de un porvenir mejor.

Las festividades celebradas en estos días prueban el interés y confianza que a Concepción merece su Universidad; y ésta trata de corresponder a tal confianza en toda su integridad no apartándose de las normas y finalidades que deben guiar a un instituto de esta clase. No se deja perturbar en su marcha ni por las agitaciones políticas ni por los sórdidos consejos del interés individual ni por las pasiones de círculos estrechos ni de ninguna clase de banderías.

Inspira también confianza por la honradez intachable de su administración general, por la honradez de su oficina de subsidios y por la austeridad y parsimonia con que se hacen sus gastos.

De su presupuesto sólo el 30 por ciento se invierte en sueldos, el diez por ciento en gastos de administración. El resto se destina a construcciones o a adquisiciones que quedan.

La Universidad trata de armonizar en sus finalidades las orientaciones técnicas y prácticas que reclaman las necesidades de un pueblo joven que ha menester desarrollar poderosamente sus fuerzas económicas con las ideales y espirituales, que son las únicas capaces de dar una verdadera contextura, soplo vital, a la existencia social y moral. Una Universidad digna de este nombre no puede limitar las palpitaciones de su mentalidad a la atención de intereses exclusivamente regionales ni aún nacionales. Lo humano, lo inquietamente humano, no debe permanecerle extraño: aquí radica la esencia de la vida espiritual. Una Universidad es una luz encendida para que dentro de las modalidades regionales y nacionales y buscando un máximo de eficiencia en el aprovechamiento de los medios y riquezas locales, se vaya tras un mayor perfeccionamiento espiritual y humano.

Por esto nuestra Universidad a la cohorte de su escuela industrial y de sus escuelas profesionales ha agregado para los estudiantes cursos de cultura general sobre filosofía, ética, sociología, historia contemporánea, y bellas letras; mantiene para el público una activa extensión universitaria y un círculo de lecturas; y ha fundado una revista que, fuera de ser órgano de sus actividades, sirva de amplio hogar a nuestros escritores.

Para ver cómo la fundación de nuestra Universidad ha sido una cosa necesaria basta recorrer la región austral poblada de numerosas ciudades en espléndido crecimiento, formada por ricos campos aún inexplotados y por incalculables reservas de tesoros que todavía duermen bajo la suavidad del clima a la sombra de grandiosas bellezas naturales y por la desidia e ignorancia de los hombres: basta esto para comprender que esta zona ha menester como complemento y fuente de renovación de su vida de un hogar de cultura superior, de un centro propio de estudios profesionales, científicos y técnicos. Ya la historia patria, las circunstancias y oportunas iniciativas han señalado a Concepción como la sede de ese centro. Puede ocurrir que Chillán, Temuco, Valdivia y Osorno lleguen a ser ciudades de mayor significación e importancia, ora en la agricultura, ora en el comercio o en las industrias; mas a Concepción no se le pueden disputar sus palmas de ciudad universitaria, palmas que, por otra parte, sólo significan una mayor obligación de servir a sus hermanas en el plano de los intereses ideales y de la preparación de la juventud para armarla de la más acertada eficiencia social.

Pero no obstante, mientras más bella contemplo la obra universitaria más se asedia la cuestión de la seguridad de los recursos que deben afianzarla definitivamente.

Porque no nos engañemos. No desconfío del porvenir; pero nuestra creación no descansa aún sobre bases incommovibles. Generosas han sido las contribuciones de muchos particulares, muy amplia la protección del Su-

premo Gobierno y de los parlamentarios de la provincia y de otras circunscripciones; calor recorfortante ha traído la ayuda moral de la opinión pública y de los dirigentes de nuestra Universidad Nacional y en particular de su tan eficiente Facultad de Medicina.

Pero yo desearía que todas estas fuerzas entusiastas y conscientes, especialmente los hijos de Concepción y de esta región sur del país se pusieran a considerar con ahínco lo que significaría la conclusión de la Universidad de Concepción.

Ya veo dispersa y abandonada esta juventud que es una promesa, la veo decepcionada, amargada, quejosa, porque no supimos mantener el compromiso que tácitamente trajimos con ella al abrirle nuestras aulas; la veo perdida en parte para ella misma, para sus familias y para la patria; siento las aulas de nuestras escuelas silenciosas y cubiertas de polvo; veo las bibliotecas paralizadas en su desarrollo, con sus rancias obras desgaradas y truncas; siento en las calles de esta ciudad apacible, enmudecida la música de la muchachada estudiantil alegre y tumultuosa; veo las bellas avenidas del Caracol, como las de un cementerio, despojadas del primaveral adorno de las niñas y los jóvenes que estudian bajo sus sombras: Adiós estudios, adiós ciencias, adiós expectativas de centenares de padres y de madres pobres que ponen en sus hijos sus únicas esperanzas de algún porvenir. Ya no les quedaría a esos jóvenes más que vegetar en oscuros empleos y a esas niñas que pensar en matrimonios que suelen no llegar. El decadente comercio de esta ciudad se menoscabaría aún más y quedarían sepultadas para siempre las esperanzas de nuevas industrias. Se perdería quizás también para siempre la esperanza de tener un hospital clínico. Se cerrarían las clínicas que tan importantes servicios prestan a las gentes de escasos recursos. Adiós experimentaciones en los laboratorios; adiós meditaciones sinceras alentadas por el calor de las almas jóvenes que las esperan. Adiós nobles y risueñas discusiones sobre temas de alta especulación. Los profesores cesantes se habrán dispersados o vegetarán en la pobreza tal cual ocurre en los países azotados por la guerra.

Adiós verdadero interés por la patria y los destinos de la raza.

Se apagaría la luz que pugnaba por hacer de esta tierra un foco de cultura humana.

Adiós vida espiritual fuera de la pena de existir en medio de tanta desolación. El sol y la luna seguirán volviendo indiferentes en sus acostumbrados giros sobre este valle para alumbrar aquí el triunfo de la impotencia, de Mamón y de Sancho.

Pero ¡ah! no; esta es una fantasía demasiado dolorosa. La sola expresión de esta posibilidad produce frío en las entrañas, como cuando se encara hondamente la idea del suicidio o de la muerte. Tal posibilidad importaría una ruina moral, significaría un desplome de caracteres, que afectaría no sólo al sur sino a todo el país.

Vosotros, hijos de esta ciudad histórica en los anales patrios, hijos de la promisoria región austral, no podríais dejar de sentir como una afrenta que nuestra Universidad fuera amenazada en su existencia. Hay que sofocar los individualismos disolventes y egoístas. No olvidemos que el progreso se halla en razón inversa de la lucha del hombre con el hombre y en

razón directa de la lucha del hombre con los obstáculos que le pone la naturaleza y hagamos obra constructiva. Hay que trocar la indiferencia ordinaria en suave calor de entusiasmo constante. La Universidad no constituye un recinto cerrado sino un campo abierto, donde no se desea otra cosa que el mantenimiento de la cooperación y confianza que se le ha dispensado hasta ahora, donde se quiera oír las inspiraciones de la colectividad toda para sin odios, ni pequeñas pasiones, ni recelos, sin distinciones de cuarteles políticos ni de ninguna otra especie, trabajar por el bien general. Traed al templo el combustible de vuestras almas para que se conserve el fuego universitario y si los sacerdotes encargados de mantenerlo se hacen indignos de su alta misión, cambiadlos por otros; pero que siempre arda la sagrada llama inextinguible y pura.

Mientras tanto, los que hemos recibido la inmerecida honra, aparejada con graves responsabilidades, de dirigir la Universidad, lucharemos con todas nuestras fuerzas por su conservación y desarrollo, convencidos, conforme a nuestra divisa, de que nada grande se hace en la vida sin verdad, esfuerzo y sacrificio; convencidos por las enseñanzas de una austera pero cierta filosofía, de que los estrujamientos del corazón por el dolor, la adversidad y el desengaño, se convierten en fuente de energía para los que han llegado a ver en el cumplimiento del deber, en el amor, en el estoicismo y en el desinterés las más nobles cimas espirituales.

Para terminar: al defender nuestra obra, somos como los ejecutores de una ley de la vida de las sociedades que han alcanzado un grado alto de conciencia y madurez en su desarrollo. Es un aspecto algo universal y místico que me seduce en la función universitaria. Puede decirse que se mueve la vida social entre dos polos que le son igualmente precisos: la espontaneidad y la organización. De la armonía de ambas tendencias resulta la realización de un acariciado ideal de fuerza, fecundidad y belleza. La espontaneidad sola suele denotar impulsividad estéril, incapacidad para un trabajo ordenado y fecundo. La organización, la reglamentación exagerada trae consigo el ahogamiento de las mejores iniciativas: se anquilosa la vida dentro de la rutina. Algo de esto ocurre entre nosotros a causa de la excesiva centralización, y así lo han reconocido también los dirigentes del **alma mater** universitaria nacional al patrocinar nuestra obra, lo que trae para nosotros un motivo más de gratitud hacia ellos.

¡Cuán hermoso es al revés el espectáculo que ofrecía Alemania hasta hace pocos años, y el que ofrecen Italia y Estados Unidos con su espléndida descentralización universitaria! Parece que esas condiciones dieran a la vida del espíritu la riqueza y variedad de una floración magnífica, alimentada por los jugos de la tierra propios de cada lugar, por la idiosincrasia y necesidades sociales de cada colectividad, por las bellezas de su dintorno. Así el alma puede doquiera que se encuentre buscar para su vida un sentido ideal y completo; puede abstraerse en trabajos que la atraen como valores definitivos. Se desvanecen las perspectivas artificiales que la exagerada centralización diseña y con noble resignación reconocemos en nuestra pequeña existencia la suprema verdad, expresión al mismo tiempo de la suprema igualdad filosófica, de que todos, todos, no somos más que modestos y transitorios obreros en una labor infinita de creación y amor.